

ESTADOS DE GUERRA

La grandeza de un Estado, en riqueza y territorio, es mensurable, y también se puede evaluar la grandeza de las finanzas y de la renta. La población se puede censar, y el número y la grandeza de las ciudades y pueblos se pueden registrar en los mapas. Pero así y todo no hay nada en los asuntos civiles más sujeto a error que la valoración correcta y el juicio acertado con respecto al poder y las fuerzas de un Estado.

Francis Bacon

Al iniciarse el nuevo siglo los planificadores estratégicos estadounidenses difícilmente podían barruntar que algún acontecimiento fuera a trastornar las tendencias internacionales en curso, excepcionalmente favorables para Estados Unidos. Las principales parecían apuntar al inicio de otro siglo americano: una intromisión de la OTAN en el vacío abierto por la desaparición de la URSS sin hallar resistencia, la aparente inversión del declive económico iniciado un cuarto de siglo atrás en un clima de especulación explosiva, el regreso de Europa al redil atlántico, la profundización de la sinergia con China como proveedor de trabajo con bajos salarios en el mercado mundial y una actitud sumisa del Consejo de Seguridad de la ONU ante la escalada del revisionismo estadounidense. Washington gozaba del beneficio de las excepciones y privilegios de un super-Estado a partir de la suposición plausible de que dedicaría su poder a la protección y expansión de la zona de globalización. Esta fórmula hegemónica acomodaticia parecía eliminar la necesidad para las potencias grandes y medianas de preocuparse por la ardua tarea de contrarrestar el «hiperpoder» estadounidense. De hecho, los dos adversarios nucleares potenciales de esa paz democrática –China en ascenso y Rusia en declive– mostraban poco interés en una alianza mutua, aparentemente convencidos de la inutilidad de competir en seguridad con el gran custodio del capitalismo de puertas abiertas.

En la periferia de ese circuito volátil de fuerzas de mercado, el endurecimiento de las condiciones neoliberales para el acceso a la inversión, ayuda y legitimación moral de Occidente dio lugar a una notable atenuación de la soberanía de los Estados débiles o fracasados. Las iniciativas de Washington contra los pequeños regímenes delincuentes en nombre de los derechos

humanos y la prohibición de las armas de destrucción masiva parecían haber sustituido el escenario tradicional del pasado basado en la rivalidad entre las grandes potencias. Las nuevas doctrinas estratégicas que autorizaban la intervención estadounidense u occidental violando la Carta de las Naciones Unidas obtenían su legitimidad de una suposición vaga pero ampliamente compartida de que se trataba de un periodo transitorio de excepción en el que se sentarían las bases de la futura comunidad internacional. Esa suposición ofrecía cierto consuelo a los liberales de ambas orillas del Atlántico, que rápidamente la asumieron como credo de un nuevo cosmopolitismo.

El súbito desorden provocado en ese panorama por el 11 de Septiembre de 2001 ha creado un contexto histórico cuyos elementos deben todavía asentarse para configurar un patrón inteligible. Para determinar si el 11 de Septiembre marca el comienzo de una nueva era en la política internacional, hay que empezar preguntándose si el «unilateralismo» agresivo de Estados Unidos como respuesta a ese acontecimiento ha supuesto una regresión atávica con respecto a normas neoliberales anteriores más «multilaterales», o si en realidad se trata de su prolongación por otros medios. Es ahí donde la reciente obra del grupo Retort, *Afflicted Powers*, plantea una serie de interrogantes fundamentales¹. Se trata de una obra compleja, que interrelaciona los tres elementos de su subtítulo –capital, espectáculo y guerra– a un nivel considerable de intensidad imaginativa. En lo que sigue examinaré uno a uno los temas principales del libro, para acabar con ciertas reflexiones de mi cosecha sobre algunas de las cuestiones generales que plantea.

¿Acumulación primitiva?

Afflicted Powers pretende, en primer lugar, examinar la pertinencia de ciertos conceptos marxistas para la situación geopolítica actual y preguntarse si ésta puede resultar más inteligible localizándola dentro de la pauta histórica del desarrollo capitalista. Una de las claves para entender el súbito oscurecimiento del horizonte, según mantienen sus autores, es la idea marxiana de la «acumulación primitiva», esto es, el uso o abuso de la fuerza para crear o restaurar las condiciones sociales de la rentabilidad. Siguiendo la tradición del materialismo histórico, la periodización de las épocas en la historia del capitalismo ha supuesto a menudo conjunciones narrativas controvertidas de los acontecimientos políticos y económicos. La explicación de Lenin del estallido de una guerra mundial interimperialista como efecto del paso del capitalismo del libre mercado al capitalismo de los monopolios es un ejemplo célebre. El intento de hacer algo parecido actualmente cuestiona la capacidad de la expresión «democracia liberal» para captar los últimos rasgos emergentes de los entes políticos que enmarcan el capitalismo avan-

¹ RETORT [Iain Boal, T. J. Clark, Joseph Matthews, Michael Watts], *Afflicted Powers: Capital and Spectacle in a New Age of War*, Londres y Nueva York, 2005.

zados: de hecho, poco después de haber sido declarado como punto culminante de la historia, Philip Bobbitt llegó a afirmar que la convergencia de poderosas tendencias en los mercados, medios de comunicación e instrumentos bélicos estaba generando un nuevo tipo de entidad política en Occidente. Para Bobbitt, la trayectoria del desarrollo histórico apunta a un régimen de seguridad nacional comprometido con las libertades del mercado, golpes preventivos contra los violadores de los derechos humanos y poseedores no autorizados de armas de destrucción masiva, y plebiscitos televisivos organizados por el Estado².

El análisis de Retort, en cambio, intenta ofrecer una explicación de la continuidad de la política exterior estadounidense en términos de la lógica general del capitalismo, sin referirse a la estructura e historia del Estado capitalista o más concretamente a las del estadounidense. *Afflicted Powers* presenta el unilateralismo estadounidense tras el 11 de Septiembre como una respuesta al agotamiento de la primera ronda de neoliberalismo con la implosión de la burbuja bursátil y la expansión de la tecnología de la información durante la década de 1990. Pero la historia que nos cuentan sus autores evita en general cualquier énfasis en la dinámica de las crisis en el capitalismo y los distintos periodos a los que cabe decir que dieron lugar, considerándola una preocupación anticuada de la generación anterior. Este juicio es más que cuestionable, como demostraría la familiaridad más somera con el contenido de cualquier revista de negocios. Dejando la economía a un lado, no obstante, apuntan astutamente a un cambio repentino en el terreno de las apariencias. En muy pocos años, las cifras que caracterizan al capitalismo contemporáneo se han desplazado del silicio al petróleo, los cañones y el acero. Esto sucede, aseguran, porque el neoliberalismo está «pasando de una época de acuerdos y programas de austeridad a otra de guerra declarada [...] y esas oleadas periódicas de reestructuración capitalista responden a lo que llamamos acumulación primitiva»³. Esta concepción del papel de la fuerza en los saltos y lubricación de la acumulación proviene de Rosa Luxemburg, aunque no la mencionen. De hecho, Retort suscribiría sin rodeos la definición luxemburguista del imperialismo como «expresión política de la acumulación del capital en su lucha competitiva por lo que queda todavía disponible de entorno no capitalista»⁴. Para ellos no es una etapa particular, sino un proceso continuo en la historia desde los albores del capitalismo. No es sólo que el capitalismo naciera «chorreando sangre y lodo, de la cabeza a los pies», sino que en cada fase posterior de su progreso en el mundo ésa ha sido su característica⁵.

Retort da a ese planteamiento de tipo luxemburguista un giro polanyiano: la violencia que caracteriza la historia del capitalismo se ha manifestado típica-

² Philip BOBBITT, *The Shield of Achilles*, Londres, 2002; mi artículo «Algoritmos de guerra», *NLR* 23 (noviembre-diciembre 2003), pp. 5-31, analiza esta ambiciosa obra.

³ Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 52.

⁴ Rosa LUXEMBURG, *The Accumulation of Capital*, Londres, 1951, p. 453.

⁵ *Ibid.*, p. 446.

mente cercando por la fuerza los «bienes comunes», esto es, con la apropiación de múltiples formas de riqueza común existentes en el entorno no mercantil del que se nutre el capitalismo. Esta afirmación es un notable ejemplo de la tendencia casi universal de los marxistas a entender las relaciones entre capital y guerra en términos de una lógica sistemática. Yo estaría por cuestionar si el capitalismo tiene realmente alguna lógica geopolítica. Al evaluar la plausibilidad del planteamiento de Retort –o de otros que parten de suposiciones parecidas– hay que tener presentes tres acontecimientos recientes. Durante un cuarto de siglo se ha producido un prolongado ajuste estructural cuyos principales rasgos son el estancamiento de los salarios, la progresiva inseguridad en el empleo, la aceleración y prolongación de la jornada laboral, el creciente peso del servicio de la deuda, y niveles de desigualdad desconocidos desde la década de 1920. Acompañando a todo esto también se ha producido durante ese mismo periodo una importante expansión interna de los mercados mediante las privatizaciones. Durante los últimos quince años asimismo se ha dado una enorme expansión externa del capitalismo, con el colapso del bloque soviético y la incorporación más o menos total de China al mercado mundial.

La cuestión clave en cualquier evaluación de la tesis central de *Afflicted Powers* es la del papel desempeñado por la coerción político-militar en la puesta en vigor de esa vasta transformación a expensas de los trabajadores y de otras capas, por un lado, y en la apertura y fijación de las condiciones de acceso a nuevas áreas de desarrollo capitalista, por otro. Conviene algo de escepticismo al respecto. En primer lugar, la mayor parte de esa reestructuración doméstica de la sociedad en beneficio de los inversores, propietarios y rentistas se ha desarrollado desde principios de la década de 1980 sin brotes significativos de violencia organizada desde arriba, al menos si se compara con periodos semejantes en el pasado en los que la policía, los pistoleros y las bandas fascistas desempeñaron un papel decisivo en la disciplina de los trabajadores. En segundo lugar, a diferencia de la situación vigente durante la era del colonialismo, el entorno semicapitalista y no capitalista está organizado ahora en la forma de Estados-nación, lo que obstaculiza el uso abierto de la coerción militar para adquirir o mantener esferas de influencia. Parece bastante poco probable que la nueva ronda de guerras y ocupaciones imperiales asegure las condiciones para una nueva expansión del capitalismo, como aseguran. En la práctica, el propio *Afflicted Powers* exhibe cierta incertidumbre al respecto, oscilando entre descripciones de la fuerza bélica como forma de derribar barreras que estorban la expansión del neoliberalismo, y caracterizaciones de ese belicismo como producto de fijaciones ideológicas y de falsas ilusiones propias de un estancamiento de ese mismo neoliberalismo.

La peculiaridad de Estados Unidos

Para intentar teorizar las relaciones entre capitalismo y poderío militar, Retort equipara a Estados Unidos con «el Estado» concebido genéricamente, sin aten-

der a su carácter *sui generis*. Carl Schmitt argumentaba, en cambio, que la ampliación del «destino manifiesto» de Estados Unidos desde su propio continente al Viejo Mundo estaba transformando el orden geoespacial de la estatalidad territorial, alterando el mismísimo significado de los términos «soberanía», «guerra» y «derecho internacional»⁶. La incorporación de Estados Unidos al viejo régimen eurocéntrico de Estados soberanos aceleró la erosión de sus normas clásicas de guerra y diplomacia. El *ius publicum europaeum*, argumentaba Schmitt, era un orden diplomático concreto en el que la guerra era un instrumento legítimo de conciliación entre Estados plenamente soberanos capaces de ajustar sus posiciones relativas de poder en un entorno geopolítico estructurado por la homogeneidad de los objetivos y formas estatales. Pero una vez que se desvanece la relativa homogeneidad entre las potencias rivales, el propio significado de equilibrio se vuelve problemático, mientras que las teorías basadas en esa suposición se hacen a su vez y consiguientemente menos realistas. Como confirmación de esa valoración, la destrucción final de los imperios del Eje en los extremos opuestos de Eurasia dio lugar, de hecho, a una reconstrucción de gran alcance de la matriz interestatal de la zona central del capitalismo, impidiendo cualquier restauración de un sistema tradicional de regiones y equilibrios separados⁷.

Pero las consecuencias de este alejamiento radical de los viejos conceptos de guerra y diplomacia no fueron del todo evidentes durante la Guerra Fría, porque la rivalidad entre las superpotencias, basada en cierta simetría entre los principales contendientes, impuso una lógica bipolar sobre la heterogeneidad política, militar e ideológica de un sistema estatal considerablemente expandido. Así pues, la especificidad de la relación de Estados Unidos con el sistema interestatal no se hizo evidente hasta después de la Guerra Fría, cuando los planificadores estratégicos estadounidenses descartaron la idea de concentrarse en su propio continente tras su victoria sobre el último gran adversario por la hegemonía en Eurasia⁸. Los restringidos conceptos de seguridad de la *Realpolitik* no pueden explicar el modelo histórico de esa agenda transformadora y expansionista. El intento de explicar ese cambio era el núcleo racional de la idea de *Imperio* de Hardt y Negri como una enti-

⁶ Véase, en particular, Carl SCHMITT, *Völkerrechtliche Grossraumordnung, mit Interventionsverbot für raumfremde Mächte*, Berlín y Viena, 1939.

⁷ Peter GOWAN, «Un cálculo de poder», *NLR* 16 (septiembre-octubre 2002), pp. 44-63.

⁸ John MEARSHEIMER, *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, 2001, p. 34. El gran mérito de la concepción del realismo de Mearsheimer es que proporciona un marco para analizar la lógica estratégica de la geopolítica de alto riesgo de una gran potencia. Las anomalías que generan sus supuestos básicos cuando se aplican a la actual política exterior estadounidense son por eso especialmente dignas de atención, ya que indican una crisis de la propia problemática realista. Aunque el autor de la teoría del «realismo ofensivo» no tiene problema en reconstruir, en esos términos, los cálculos estratégicos que dieron pie a la decisión enormemente arriesgada de Japón de bombardear Pearl Harbor, su evaluación del escenario posterior a la Guerra Fría cojea a menudo, especialmente allí donde la teoría predice que los poderes subordinados aprovecharán cualquier oportunidad para mejorar su seguridad mediante la agresión pura y simple, mientras que el Estado más poderoso –y más seguro– del mundo debería intentar mantener el *statu quo*.

dad política abierta que trascendía las coordenadas de los Estados soberanos cerrados. Se puede decir que Estados Unidos difiere de otros Estados porque es el régimen capitalista paradigmático, abocado, como el sistema que promueve, a una expansión ilimitada. A diferencia de los autores de *Imperio*, el colectivo Retort parece más consciente del hecho de que la República estadounidense es todavía en gran medida un Estado particular, que persigue atentamente sus propios intereses estratégicos particulares, al tiempo que los articula dentro de un proyecto más amplio de capitalismo universalizante, permitiendo cambios de régimen tanto en el centro como en la periferia, utilizando desde las cañoneras y la diplomacia del dólar a la terapia de choque. «Cada intervención militar pretende servir a un proyecto estratégico general de introducir aún más el poderío estadounidense –y el potencial para el afianzamiento del capital occidental en los “mercados emergentes”– en regiones vitales del globo⁹.» Aunque *Afflicted Powers* dedica poca atención a la estructura del sistema interestatal, su línea general de argumentación permite una explicación de por qué este último ha sufrido una serie de transformaciones sustanciales aun cuando la forma nominal del viejo principio de soberanía se haya preservado y generalizado.

¿No a la sangre por petróleo?

La preocupación principal de Retort está, no obstante, en otro ámbito. Su objetivo es corregir las limitaciones de los eslóganes y análisis actualmente en boga en el movimiento pacifista, por lo que lógicamente se concentran en Oriente Próximo. La idea de que cierta combinación entre el petróleo, Israel y el islam define la especificidad de la región y las relaciones estadounidenses con ella no es infrecuente, y *Afflicted Powers* intenta desentrañar y sopesar los distintos elementos de ese conjunto. En un contexto más amplio, por supuesto, lo que distingue a esa zona es su aislamiento parcial de las tendencias posteriores a la Guerra Fría, que han dado lugar en el resto del mundo a un ajuste estructural neoliberal y a los correspondientes cambios de régimen. Hasta la fecha, su vieja guardia de familias gobernantes y Estados policiales se ha mantenido sin excepción en el poder. En términos del efecto regional pretendido con la invasión de Iraq, se suponía que ésta debía dar paso a la abolición de esa anomalía –de repente menos tolerable tras los atentados del 11 de Septiembre– con un experimento espectacular de construcción nacional. La victoria sobre el Baaz debía enviar una potente señal a las elites árabes sobre la necesidad de una dosis modesta de *perestroika*, y a las masas árabes de la invencibilidad estadounidense y del *status* de Israel como cabeza de playa intocable del nuevo orden regional. Pero esa iniciativa también pretendía tener un efecto demostrativo global como primer test claro de la legitimidad de la guerra preventiva y del cambio de régimen como norma legal-estratégica del nuevo siglo americano. Esto debería constituir prácticamente el centro de cualquier evaluación de

⁹ Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 81.

lo que Retort llama «las contradicciones del neoliberalismo militar bajo los condicionantes de la sociedad del espectáculo»¹⁰.

El petróleo constituye el centro de gran parte de los comentarios sobre los orígenes de esta guerra. Para el movimiento pacifista, de hecho, parecía una explicación en gran medida obvia de principio a fin. ¿Y cómo puede negarse su importancia, dado que los organizadores de esa empresa y sus entusiastas en la comunidad estratégica suelen responder a tales acusaciones con un imperturbable «¿Y qué?»? Sí –decían–, tenemos que arrebatar los campos petrolíferos a Saddam y sus secuaces de forma que no puedan generar más destrucción. Semejante franqueza era sin duda inquietante para quienes siempre suponen que la verdad sórdida debe de estar más velada, no al alcance de cualquiera. De hecho, quienes tratan de explicar la invasión y ocupación de Iraq en términos de intereses petroleros cuentan con una abundancia inimaginable de datos: los vínculos sin precedentes del presidente y el vicepresidente estadounidenses con el complejo petrolero-industrial; un reparto generoso de contratos de desarrollo a sus compinches capitalistas; el apoderamiento hostil de los negocios franceses y rusos por las principales petroleras anglo-estadounidenses; la creación de un productor sumiso alternativo con el que aminorar la dependencia con respecto a la dinastía saudí; el apalancamiento del petróleo frente a otros centros capitalistas; y la reafirmación del *status* del petróleo como depósito de valor denominado en dólares.

¿Cuál es la postura de *Afflicted Powers* ante todo eso? Retort argumenta que, aunque el futuro del capitalismo todavía depende del control sobre unos pocos recursos estratégicos, el argumento «No a la sangre por petróleo» no llega a penetrar en el núcleo enigmático del capitalismo de los combustibles fósiles, cayendo en estereotipos populistas. No pretenden negar las abundantes pruebas de la existencia de este último, sino ofrecer una panorámica más amplia en la que los beneficios de la industria petrolera estadounidense podrían poseer una importancia para la política estadounidense en la región mucho mayor de lo que sugeriría el peso del sector en la economía nacional. Pero la primera pregunta a la que habría que responder para construir una explicación más plausible del papel de los intereses petroleros en los cálculos de la política estadounidense es de dónde sacarían las supergrandes la fuerza suficiente para elevar el precio del crudo cuando no controlan la oferta y los precios más altos deben ser soportados no sólo por los consumidores, sino por todas las demás empresas, un conjunto mucho mayor que el Gran Petróleo.

¿Hay alguna forma de explicar por qué determinado sector económico podría ejercer una influencia desproporcionada en relación con su tamaño real sobre la política estadounidense en Oriente Próximo, sin poder ejercer ese poder para conseguir un «liderazgo en los precios» sostenible?

¹⁰ *Ibidem*, p. 15.

Retort realiza en *Afflicted Powers* un considerable esfuerzo al respecto, desarrollando una alternativa a lo que se puede considerar el intento más sofisticado hasta el presente para presentar al petróleo –no sólo en tanto industria, sino en tanto valor de uso estratégico cuya oferta está ligada al futuro del sistema capitalista– como la principal motivación para el cambio de régimen en Iraq. Desde esa perspectiva, el objetivo principal de la invasión era asegurar las reservas de Iraq antes de que se alcance el «máximo de Hubbert» en la producción mundial de petróleo, tras el cual se supone que se producirá un rápido agotamiento de los campos regionales. Por debajo de esa afirmación se detecta una anticipación malthusiana de escasez inminente. Lo que ignoran las distintas profecías sobre el fin del petróleo que han circulado desde la década de 1970, no obstante, es la reaparición periódica del peligro opuesto: sobreproducción y caída de los precios. Tales interpretaciones también pasan por alto la actual inversión en campos hasta ahora inaccesibles, como los de Alberta y la bahía de Benín. Según Retort, esas novedades pueden posponer el momento de la producción máxima hasta un futuro demasiado distante para que los mercados y los Estados puedan tenerlo en cuenta. En cualquier caso, apuntan que el futuro de la industria es el gas natural, cuyos yacimientos se hallan en gran medida fuera de Oriente Próximo.

Armas y pozos

Las suposiciones malthusianas, además, no pueden explicar la pauta mantenida durante medio siglo de lento aumento a largo plazo en el precio del petróleo, aunque se produzcan fluctuaciones opuestas a esa tendencia como respuesta a turbulencias políticas reales, anticipadas o imaginadas. En opinión de Retort, la historia real que hay que descubrir y teorizar es la de los factores determinantes de esas fluctuaciones y sus consecuencias sobre la distribución. *Afflicted Powers* ofrece una perspectiva general de la historia de los imperios, la formación regional de Estados y la rebatiña para controlar y manipular los puntos nodales más lucrativos en la extracción y distribución del petróleo, como marco para una nueva comprensión de esos determinantes y consecuencias. La historia comienza, en los primeros años del siglo xx, con un mosaico semicolonial de entidades dinásticas débiles amparadas como cobertura para concesiones masivas a los consorcios petrolíferos occidentales. Iraq nació como resultado de esa política del petróleo. El mandato de la Sociedad de Naciones a Gran Bretaña le exigía emprender tareas cosméticas de construcción de la nación y que compartiera el botín con las compañías petroleras francesas y estadounidenses. Una monarquía sumisa y elecciones amañadas proporcionaron la fachada necesaria de semiestatalidad. En la década de 1930 las Tres Grandes controlaban el 70 por 100 de la producción mundial de petróleo y la inversión estadounidense en los campos de la región crecía rápidamente.

En una segunda fase, los regímenes nacionalistas comenzaron a desmantelar esas concesiones semicoloniales y los feudos empresariales extrate-

rritoriales, acontecimientos asociados con los nombres de Mossadegh en Irán y Qasim en Iraq. Las compañías petroleras estadounidenses y europeas quedaron relegadas a la esfera de la distribución, en la que permanecen en general hasta ahora. Los gobiernos estadounidenses aprendieron a vivir en ese nuevo estado de cosas como precio por el ajuste suave de la producción de petróleo al aumento de la demanda en las economías occidentales. Pese a la constitución de la OPEP a principios de la década de 1960, el desarrollo tecnológico redujo continuamente su precio real durante todo ese periodo. La guerra del Yom Kippur en 1973 provocó una breve segunda oleada de nacionalismo árabe que dio lugar a un embargo del petróleo contra Estados Unidos. Aunque el subsiguiente aumento de los precios disparó la inflación en la economía mundial, la mayor parte de los excedentes acabaron siendo reciclados por recicladores de perfil bajo (las dinastías del Golfo, poco interesadas en utilizar la renta del petróleo para reforzar el poder nacional) que los devolvían a los bancos estadounidenses, y por recicladores de perfil alto y bajo situados en los márgenes de beneficio de los fabricantes de armas en todo el mundo. El equilibrio que se alcanzó en la década de 1980 entre el crecimiento económico occidental, los beneficios de las compañías petroleras y los recicladores de perfil alto (Estados como Irán e Iraq) era más o menos satisfactorio para los principales protagonistas. Cuando se deterioraba periódicamente el equilibrio, Estados Unidos intervenía para restaurarlo frente a la potencial turbulencia global. Los determinantes geopolíticos de las fluctuaciones de precios durante ese periodo fueron la Revolución Iraní y su contención, la invasión iraquí de Kuwait y la guerra del Golfo, el establecimiento y declive del régimen de sanciones y, más especulativamente, tormentas que se cernían en el horizonte sobre Arabia Saudí. A finales de la década de 1990 las tensiones regionales parecían atenuarse, lo que, combinado con la implosión de la burbuja bursátil en Estados Unidos, provocó la sobreproducción y el hundimiento de los precios para los grandes consorcios petroleros.

Este escenario era parte del contexto, afirma Retort, en el que un cambio de régimen de alto riesgo en Iraq –uno de los sueños de los planificadores estratégicos de derechas en la década de 1990– comenzó a perfilarse como una perspectiva atractiva para muchos en la industria, así como para los círculos políticos que tienden a identificar sus intereses con los de Estados Unidos. Antes de que la lúgubre realidad de la Ocupación se pusiera en marcha, se habló mucho en Washington sobre procónsules estadounidenses que impondrían una revolución neoliberal desde arriba, con la privatización de los activos petrolíferos nacionalizados de Iraq como primer punto de la agenda. La industria petrolífera del «mundo en vías de desarrollo» se había opuesto tenazmente a la privatización, pero los más optimistas preveían que, con un cliente iraquí instalado en la OPEP, se iniciaría la liquidación de esos últimos reductos del estatismo. Los ideólogos neoconservadores anunciaron que con el cambio de régimen en Iraq se daba el primer paso de un ajuste estructural más amplio a las normas e incluso el estilo de vida del nuevo siglo americano.

La lección que extrae Retort de su narración parece ser que aunque el Gran Petróleo sea decisivo para explicar la invasión y ocupación de Iraq, el argumento «no a la sangre por petróleo» difumina el campo de fuerzas de la demanda mundial, la guerra y la especulación, en el que las fluctuaciones en el nivel de precios de ese artículo abundan en sutilezas geopolíticas. La alternativa ofrecida por *Afflicted Powers* plantea varios matices a la tesis propuesta por dos especialistas israelíes que vinculan la economía política del petróleo con la del comercio de armas, conexión que esos autores, atendiendo a la forma en que la renta del petróleo de la OPEP creó un mercado propicio para una expansión masiva de la industria privada de armas en Estados Unidos, llaman coalición petrodólar-industria armamentística¹¹. Después de la década de 1960, prosigue ese argumento, Estados Unidos desplazó el acento del abastecimiento de armas como ayuda a Estados clientes a la promoción de un comercio de armas privado; desde entonces la participación de la OPEP en la demanda de armas en el mercado mundial ha aumentado del 9 al 36 por 100. Para el colectivo Retort, no obstante, ésta es sólo una parte de un circuito más amplio que conecta el petróleo con la ingeniería, la construcción, los servicios financieros y los fondos de alto riesgo [*hedge funds*]. Este vasto vórtice regional y deslocalizado atrae poderosamente corrientes subterráneas de dinero blanqueado y procedente del tráfico de drogas, que suman, sugieren, «billones de dólares» de dinero caliente especulativo, aunque conceden que tales estimaciones no son más que intuiciones. En este campo tan inflamable, el objetivo de los planificadores estadounidenses es asegurar, frente a todos los riesgos, que sus prioridades prevalezcan sobre la lógica de la oferta y la demanda. Nitzan y Bichler llegan a asegurar que, engranándose con la inestabilidad regional, las intervenciones estadounidenses han tenido el efecto pretendido de evitar el colapso del precio del petróleo y de enriquecer a los beneficiarios de la inflación de los precios del petróleo. Para los autores de *Afflicted Powers*, esto no es más que una simplificación de un panorama mucho más opaco. Pero aunque escriben como si estuvieran a punto –tras criticar y matizar las alternativas– de ofrecer una explicación más adecuada, no llegan a hacerlo. Quizá, no obstante, ese mismo fracaso en reconstruir un patrón causal en la constelación geoeconómica que examinan puede ser una forma de llevar agua al molino de su afirmación previa de que la conjunción actual entre capitalismo, guerra y espectáculo está disolviendo la inteligibilidad de las estrategias.

Imágenes de Israel

En su genealogía del actual desastre en Oriente Próximo, Retort analiza un caso directamente relacionado en el que las normas de la construcción estatal realista también han fracasado aparentemente. ¿Por qué se ha mul-

¹¹ Véase Jonathan NITZAN y Shimshon BICHLER, *The Global Political Economy of Israel*, Londres, 2002.

tipificado el apoyo estadounidense a Israel en un momento en el que el Estado sionista se ha convertido en un importante lastre en términos de sus intereses estratégicos regionales y de su credibilidad hegemónica? Es fácil olvidar que esa especialísima relación se fue forjando gradualmente. Aunque Washington se mostró inicialmente frío hacia la aparición de Israel como potencia regional, a finales de la década de 1950 el creciente arrastre del nacionalismo árabe radical trajo consigo una reevaluación del papel de Israel como disuasor frente a las potenciales amenazas a los intereses petroleros estadounidenses. La apuesta estadounidense por un bastión judío en la región creció rápidamente después de que el ejército israelí derrotara aplastantemente a los árabes en 1967. Israel –junto al Irán del *shah*– fue rápidamente fortificado como guardián subimperial para mantener el equilibrio frente a los ejércitos árabes de Egipto, Siria e Iraq, equipados por la Unión Soviética. Pero aunque la identidad entre los objetivos israelíes y estadounidenses en la región comenzara a menguar desde principios de la década de 1980, el compromiso de Washington con Jerusalén se ha ido haciendo cada vez más incondicional.

La explicación que ofrece *Afflicted Powers* de esta anomalía sortea con habilidad la que a menudo se presenta como explicación más obvia: la influencia en Estados Unidos del *lobby* israelí, reforzada por una creciente alianza con la derecha cristiana. Sin llegar a negarla, Retort afirma que se debe situar en la lógica de los medios de comunicación, ya que a su entender es menos el propio Israel que el Israel transfigurado en tótem ideológico de la identidad estadounidense por la magia del espectáculo, lo que se ha convertido en la cola que mueve al perro. El problema está justamente en lo que constituye el *pays idéal* del sionismo en ese imaginario. Retort argumenta que aunque «los Estados modernos tardan a menudo más que otros sectores de las sociedades que gobiernan en caer presa de las ilusiones y compulsiones espectaculares», una vez que fijan una imagen mitológica de su identidad suelen resultar incapaces de proceder a una evaluación más fría de sus intereses¹². Aunque sugerente, su presentación sigue cautiva de las pantallas de televisión cuyos efectos tratan de desvelar, como si la única perspectiva posible de las dimensiones ideológicas de ese conflicto fuera la que se obtiene desde el sofá. El molde ideológico de las relaciones entre Estados Unidos e Israel no se puede reducir absolutamente a las imágenes superficiales de los ciudadanos acosados y los bravos soldados que se enfrentan a los terroristas, sin que se descubra más que ocasionalmente alguna manzana podrida en medio de tanto heroísmo cotidiano. Hay algo más en el desarrollo lógico que determina tal imagen.

En realidad, la autoridad moral que Estados Unidos se atribuye –sobre todo su papel en la promoción de los mercados y la democracia– descansa cada vez más en su identidad como defensor moderno del pueblo judío. Cualquier vistazo a las revistas que leen los estadounidenses ilus-

¹² Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 122.

trados demuestra la centralidad de esa misión histórica en el imaginario contemporáneo del país. Dejando a un lado el contenido de verdad de tal afirmación, su expansión como discurso resulta llamativa. Si en un primer momento se adujo como razón para la participación de Estados Unidos en la guerra contra el Tercer Reich, desde la década de 1970 se convirtió en un poderoso impulso de la guerra de propaganda contra la Unión Soviética, mientras que al mismo tiempo subrayaba la necesidad de derrotar al nacionalismo árabe, como emblema de todos los peligros que surgían en el Tercer Mundo. Más recientemente, aunque en otros países de Occidente se ha producido un declive (no muy pronunciado) de la popularidad del Estado judío, ello ha reforzado aún más su atractivo para los estadounidenses, que en todo caso no piensan demasiado en los extranjeros. Dentro del país, por supuesto, el tema de Israel se ha convertido desde hace tiempo en criterio para separar las voces legítimas de las ilegítimas en el gran debate político estadounidense.

En opinión de los autores de *Afflicted Powers*, la primacía de Israel como espectáculo está llegando a su fin. Las viejas imágenes de Israel como cabeza de puente progresista de Occidente, afirman, han dado paso durante los últimos veinte años al paisaje familiar de una zona colonial desastrosa. Esta afirmación parece más un autoconsuelo –¿bastante desesperado?– que una descripción sobria de la imagen prevaleciente de Israel como la «única democracia de Oriente Próximo» y el apoyo público incommovible que suscita, tanto en Europa como en Estados Unidos. Pero aunque su legitimidad internacional se viera devaluada –algo que desmienten todas las pruebas diplomáticas, desde París hasta Karachi y Pekín–, ¿qué consecuencias tendría ello para la futura trayectoria política del sionismo? Ahí Retort se niega a contemplar lo que podría ser un corolario molesto de su tesis más general sobre la guerra y el espectáculo, ya que Israel es quizá el único Estado del mundo que se aproxima bastante a su concepción de un capitalismo militar. También es un país donde no pocos siguen creyendo que otra guerra regional podría proporcionarles la mejor posibilidad, concebida ésta en sentido mesiánico.

¿Un islam revolucionario?

Las reflexiones sobre la historia del islam radical completan el retrato que hace Retort de los campos de batalla coloniales del sistema-mundo. Subrayando que aunque la izquierda pacifista ha insistido en el papel del petróleo en la economía política del imperio, ha menospreciado la naturaleza de su antagonista más conspicuo, Retort mantiene que una respuesta adecuada al periodo geopolítico iniciado el 11 de Septiembre requiere calibrar lo que está en juego en la batalla entre Estados Unidos y la yihad. Aunque algunos han visto en la «guerra contra el terror» tan sólo un pretexto para dar un nuevo paso en la (contra)revolución de Reagan, Retort argumenta que las nuevas vanguardias islámicas han sacudido de hecho al imperio en el terreno del poder de la imagen, provocando una reacción despiadada. Dada la deuda intelectual de Retort con Guy Debord, esto

podría parecer a primera vista una afirmación curiosa, ya que Debord no se tomaba muy en serio el terrorismo, y su juicio sobre los efectos de éste era totalmente desdeñoso: «Esta democracia perfecta fabrica su propio enemigo inconcebible, el terrorismo. *Prefiere de hecho ser juzgada por sus enemigos más que por sus resultados*»¹³. Compárese ese veredicto más que razonable con la afirmación en *Afflicted Powers* de que el fundamentalismo islámico es «algo así como un movimiento de masas con una reserva casi ilimitada de agentes potenciales». A juicio de Retort, los islamistas tienen «un proyecto político global en cuanto a alcance y ambición, antiimperialista y [...] revolucionario en la práctica»¹⁴.

Pero también aquí la fijación en la pantalla televisiva del mundo social puede ser engañosa, como lo es la distinción entre realidad y apariencia, desmentida en este caso por el propio fenómeno. ¿Constituyen las células islámicas una red móvil elusiva, dispuesta a golpear en cualquier momento las bolsas y los parques temáticos de la Morada de la Guerra? ¿O no son más que una diminuta franja, varada a orillas de un mar que se está secando en todas partes? Examinando su número y perspectivas de convertirse en poder estatal, parece claro –al menos hasta que Iraq cambió el panorama– que la última posibilidad está mucho más cerca de la verdad, aunque forma parte de la propia naturaleza de esta guerra que el estallido de una bomba en cualquier rincón del mundo parezca mostrar, en las pantallas que contemplan tanto los occidentales como los musulmanes, la existencia de un vasto enemigo con muchas cabezas. Pero en esta era de la denominada multitud, lo que llama la atención es la pasividad de las masas árabes, por mucho que observen diariamente, llenos de rabia, imágenes de los campos de batalla en Palestina o Iraq. Las calles del mundo árabe han permanecido hasta el momento mudas, y el que más gente que nunca busque las noticias de Al Yazira o entre en los foros de internet no cambia el hecho de que, como sus homólogos en Occidente, no pasan de ser espectadores de esta madre de todas las guerras asimétricas.

Contramodernidades

Afflicted Powers ofrece un análisis de la historia del fundamentalismo islámico que culmina en reflexiones provocadoras sobre el problema de una subjetividad política radical al día de hoy. El fundamentalismo comenzó como una corriente dentro de un movimiento modernizador más amplio, que trataba de revitalizar el mundo islámico en la era del colonialismo. La identificación que hace Retort del fundamentalismo islámico con la modernidad –o, con mayor precisión, con la contramodernidad– se basa en su interpretación de la importancia de Sayyid Qutb, el principal ideólogo e

¹³ Guy DEBORD, *Comments on the Society of the Spectacle*, Londres, 1990, p. 24 [ed. cast.: *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*, Barcelona, Anagrama, 2003].

¹⁴ Retort, *Afflicted Powers*, cit., pp. 137-138.

inspirador del islamismo político. El radicalismo de esa figura intelectual es de hecho notable, distinguiéndose su obra por un rechazo tajante de la exégesis de las Escrituras en favor de una teoría de la identidad islámica adornada con referencias a diversos textos extraídos de los anales del romanticismo político. Aunque Retort apunta que la influencia de Qutb atraviesa la división entre suníes y chiíes, y que fue un ingrediente importante en el cóctel de ideas que confluyeron en la teología política de la Revolución Iraní, es el sector suní del fenómeno islamista el que se refleja en sus generalizaciones, que proponen una reconsideración del significado de la modernidad a la luz de la actual guerra del espectáculo entre Estados Unidos y su Némesis islámica. Aquí su argumento cobra un giro inesperado, ya que poco o nada de la discusión precedente prepara al lector para la siguiente afirmación: en concreto, que la modernidad se ha visto siempre acompañada por su hermana radical, una vanguardia contramoderna que Retort retrotrae polémicamente desde Bin Laden hasta Lenin. Quince años después de que se derribaran las estatuas de este último, *Afflicted Powers* plantea la siguiente pregunta: «¿Por qué no muere nunca el leninismo?»¹⁵. Buscando una respuesta, apela a las reflexiones de Nietzsche sobre la persistencia del ideal ascético.

Pero cabe hacer dos objeciones obvias, no obstante, a esta pretensión de entender a Al Qaeda a la luz del *¿Qué hacer?* En primer lugar, el «terrorismo» siempre ha estado más cerca del anarquismo que del leninismo, hecho que debería haber movido a mayor circunspección a los autores de *Afflicted Powers*. En segundo lugar, la afirmación de que «el ideal hace más conversos, no menos, a medida que avanza la modernidad», parece cruzar la línea que separa la paradoja del absurdo¹⁶. La cuestión se podría plantear más razonablemente, quizá, como sigue: en términos histórico-mundiales, el bolchevismo se presentaba a sí mismo como la negación concreta de la sociedad burguesa, valoración compartida por su adversario. Quienes pretenden llenar el vacío que ha dejado esa tradición se verán arrastrados inexorablemente a una forma parecida de ascesis. La figura militante evocada por Qutb en sus *Ma'alim fi-l-Tariq* [Mojones en el camino] tiene un notable parecido con un modelo ruso no mencionado.

Es pues necesario que haya una vanguardia decidida que mantenga el rumbo atravesando el vasto océano de la *yahiliyyah* [el estado de ignorancia que precede y rodea al islam] que cubre el mundo. [...] Los musulmanes que constituyan esa vanguardia deben conocer los mojones y señales en la vía hacia ese objetivo [...] deberían ser conscientes de su posición frente a la *yahiliyyah* que se ha extendido por toda la superficie del planeta¹⁷.

¹⁵ *Ibidem*, p. 172.

¹⁶ *Ibidem*, p. 184.

¹⁷ Sayyid QUTB, *Ma'alim fi-l-Tariq* [Mojones en el camino] (1964), citado en Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 132.

Compárese ese párrafo con el espíritu y los detalles del siguiente pasaje del *¿Qué hacer?*:

Marchamos en grupo compacto, asidos con fuerza de las manos, por un camino abrupto e intrincado. Estamos rodeados de enemigos por todas partes, y tenemos que marchar casi siempre bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión adoptada con toda libertad, precisamente para luchar contra los enemigos y no caer, dando un traspies, en la contigua charca, cuyos moradores nos reprochan desde el primer momento el habernos separado en un grupo independiente y elegido el camino de la lucha y no el de la conciliación¹⁸.

El significado histórico de esa afinidad –si es que la hay– no puede descifrarse sin un examen más atento del panorama contemporáneo, ya que uno de los rasgos distintivos de éste es seguramente la neutralización de cualquier cosa que pudiera significar el término leninismo. Ciertamente es que algunos de los sentimientos suscitados por la Guerra Fría animan el horror del Occidente posmoderno ante la figura del bombardero suicida, cuyos hechos, se piensa, se parecen a los pronunciamientos del nihilismo durante la época de *Los poseídos*, ya que, si bien matar a gente desde lejos es al menos comprensible, matarse uno mismo por una causa ha dejado de serlo. Al sugerir que la fuerza de ese ideal militante brota de un comprensible horror estético ante el desierto espiritual del Último Hombre, con el trasfondo de un planeta de chabolas, ¿revelan los autores de *Afflicted Powers* el núcleo de su propia oposición al neoliberalismo militar en la era del espectáculo? Tal conclusión sería poco probable, dada su concepción crítica de dicha subjetividad radical como una forma de romanticismo revolucionario; pero parecen sugerir que hay poca distancia entre esta actitud y el bolchevismo, o ahora el islam radical, y en consecuencia afirman que la tarea actual consiste en articular «una crítica no nostálgica [...] no fundamentalista, no apocalíptica, de la modernidad»¹⁹.

Pero no resulta fácil interpretar ese sentimiento tan loable cuando nos dicen que «rara vez hemos estado más cerca del infierno sobre la tierra»²⁰. La prosa de Retort pasa con facilidad de descripciones fuertemente aforísticas de un mundo en guerra a una condena sorprendentemente suave del espectáculo, acusando a la estética mercantilizada y al consumismo de «constreñir las energías sociales». La negatividad política radical de *Afflicted Powers* no se acomoda bien con esa *Kulturkritik* tan apagada. Alain Badiou ofrece una formulación más juiciosa del problema cuando escribe: «Existe actualmente una búsqueda generalizada de una nueva figura militante –incluso negando su posibilidad– llamada a suceder a la creada por Lenin y los bolcheviques a comienzos de siglo, esto es, la del militante de parti-

¹⁸ V. I. LENIN, *¿Qué hacer?*, cap. 1, digitalizado en castellano en <http://www.marxists.org/espanol/lenin/1900s/quehacer>.

¹⁹ Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 185.

²⁰ *Ibid.*, p. 175.

do»²¹. Esto capta sucintamente la relación entre la situación de la subjetividad radical y su activación en nuevas formas de organización colectiva. Pero, evidentemente, esa forma de concebir la situación histórica contemporánea no les parecerá convincente a quienes desean proscribir del «movimiento de movimientos» tal legado. El título de la obra de Retort alude a las deliberaciones entre los rebeldes derrotados de *El paraíso perdido*. La identificación de la oposición radical con Luzbel vencido y sus lugartenientes recorre la experiencia de la derrota desde Milton a Bakunin, pero Retort deja a un lado la cuestión de quiénes podrían ser hoy realmente los derrotados capaces de experimentar y pensar las profundidades de esa posición. El intento de introducir en esa lista los nombres de Seattle, Génova y Chiapas suena hueco. La carrera de Guy Debord fue un intento fallido de articular una política adecuada a la austera severidad de su diagnóstico de la época, pero el suyo es un legado que merece su propio ¿Qué hacer?

La difusión de lo espectacular

Uno de los índices más llamativos del poder contemporáneo del espectáculo –la simbiosis entre el mercado competitivo y las fuerzas mediáticas que impulsan la maquinaria de la opinión pública actual– ha sido el surgimiento de equivalentes contemporáneos a los grandes hombres al timón de las empresas y el Estado. El espectáculo atribuye típicamente a esas figuras –un presidente, un ministro de Hacienda, y sobre todo al gobernador de un banco central– poderes mágicos para preservar y crear valores, pese a todas las pruebas en contra, aunque luego esas reputaciones se disuelvan al poco tiempo. Del mismo modo que un empresario pasa de ser el directivo del mes o del año a ir a la cárcel en el siguiente, tras el 11 de Septiembre el simulacro de la opinión pública ha conferido cualidades de hombre de Estado a ciertos líderes, como si quisiera abocarlos al desastre. La dirección estratégica del poder estatal en la arena geopolítica se está viendo cada vez más sometida a los criterios de rendimiento de una construcción televisiva de la realidad social. Las fugaces imágenes en las pantallas de este pseudomundo se han convertido en puntos focales más o menos exclusivos de la experiencia de la realidad social, y no sólo entre las capas menos informadas de los consumidores estadounidenses. La lógica del gobierno a golpe de encuestas ha penetrado significativamente en el mundo antes más impermeable de los negocios y las relaciones internacionales.

Entretanto, el mundo real se ve colonizado por un aluvión imparable de encuestas, cabezas parlantes, pánico y dramas empalagosos de interés humano, en los que la experiencia de la historia se aplasta en un presente eterno²². Para Debord, el resultado de esa forma de dominación social consiste

²¹ Alain BADIOU, *Saint Paul: The Foundation of Universalism*, Stanford, 2003, p. 2 [ed. orig.: *Saint Paul: la fondation de l'universalisme*, París, PUF, 1997; ed. cast.: *San Pablo: la fundación del universalismo*, Rubí, Anthropos, 1999].

²² *Ibid.*, p. 21.

en precipitar «un desplazamiento general del tener al parecer, en el que todo “tener” debe derivar ahora su prestigio inmediato y su finalidad última de las apariencias»²³. El espectáculo, en su opinión, pone en movimiento una lucha por el dominio en el terreno de la imagen. ¿Cuál es la especificidad de ese terreno como campo estratégico? «Del mismo modo que la lógica de la mercancía reina sobre las ambiciones enfrentadas de los capitalistas, o que la lógica de la guerra siempre domina las frecuentes modificaciones del armamento, la dura lógica del espectáculo controla la abundante diversidad de las extravagancias mediáticas»²⁴. La sucesión mercancía-arma-espectáculo une en este pasaje distintos momentos integrados en una nueva lógica social de dominación. Pero Debord también consideraba la posibilidad de que la dilución de toda experiencia colectiva de la historia pudiera tener consecuencias dolorosas para los propios gestores de ese nuevo orden. La mediación espectacular de la esfera política ha dado lugar a la desmaterialización parcial de lo que en otro tiempo se llamaron intereses estratégicos «objetivos». «Una vez que la conducción del Estado implica una escasez permanente y masiva de conocimiento histórico, el Estado ya no se puede dirigir estratégicamente»²⁵.

Pero aunque la mediatización de la política haya sido eficaz en el sometimiento de la opinión pública al veredicto del mercado, al mismo tiempo ha erigido barreras a la empresa de la construcción de imperios. Los entusiastas actuales de Roma o de la Gran Bretaña imperial lamentan la sensibilidad de una población que no puede aguantar unos pocos miles de bajas estadounidenses por tan buena causa. Ahí obra una importante transformación sociológica, probablemente irreversible, del capitalismo del *baby-boom*. Los plebeyos se niegan a morir en las guerras, y los ricos se niegan a pagarlas. El espectáculo ha dado lugar no sólo a una ciudadanía débil en la base, sino también a una inteligencia deficiente en la cumbre. Observando el creciente caos en el Iraq ocupado, no es difícil concluir que el intento de la Administración republicana de aplicar una gran estrategia ha embarrancado. «La dimensión del espectáculo nunca había interferido antes tan palpable e insistentemente en la cuestión de mantener en orden las propias satrapías»²⁶.

Guerra y capitalismo

Afflicted Powers presenta a Estados Unidos y el universo actual del capital como si, políticamente hablando, fuera una y la misma cosa. No concede una atención significativa a ningún otro Estado, salvo a Israel. ¿Hasta qué punto es plausible este planteamiento, siquiera sea para facilitar la polémica? Históricamente, la relación entre la rivalidad geopolítica y la pauta glo-

²³ Guy DEBORD, *Society of the Spectacle*, Detroit, 1970, cap. 1, p. xvii [ed. cast.: *La sociedad del espectáculo*, Valencia, Pretextos, 2005].

²⁴ G. Debord, *Comments on the Society of the Spectacle*, cit., p. 7.

²⁵ *Ibid.*, p. 20.

²⁶ Retort, *Afflicted Powers*, cit., p. 37.

bal del desarrollo capitalista plantea varios problemas teóricos extremadamente difíciles, ya que la experiencia de las sucesivas eras parece diferir fundamentalmente. En cierta época, el ajuste estructural y la integración en el mercado mundial promovieron una relajación de las tensiones internacionales en el centro; en otra condujeron a una vertiginosa escalada de las rivalidades entre las grandes potencias; y tanto en una como en otra, la conquista colonial y los tributos generaron mucha oscuridad en la periferia no capitalista de esta civilización expansionista. ¿Existe alguna relación general entre guerra y capitalismo, o sólo se pueden teorizar coyunturas específicas? Aun cuando esto último sea lo más probable, sigue siendo cierto que sólo la evolución del capitalismo proporciona una perspectiva a largo plazo de las sucesivas transformaciones socioeconómicas que determinan la riqueza relativa de las naciones y el campo de opciones en el que se pueden someter a escrutinio las diferentes estrategias de construcción del Estado, incluidas las basadas en el intento de supresión del capitalismo.

El capitalismo surge de una «separación “original” de los medios de coerción con respecto a las relaciones sociales de producción e intercambio, que altera la relación entre los campos interno y externo del aparato de Estado, a medida que la guerra y la diplomacia dejan de ser una prolongación por otros medios de la extracción depredadora de excedentes a los campesinos y artesanos. La afirmación del grupo Retort de que «la guerra es la mismísima encarnación de la modernidad» no capta las consecuencias de esa separación categórica y real entre lo político y lo económico y de su materialización en una nueva relación entre los campos interno y externo de lo político. Aunque el surgimiento de un aparato estatal especializado, dirigido hacia el exterior, precede con mucho al advenimiento del capitalismo, la formación del Estado capitalista moderno genera un nuevo problema estructural para tales máquinas de guerra. Dado que la guerra y la diplomacia ya no están sometidas a una lógica de apropiación del excedente mediante la conquista y el tributo, la rentabilidad del negocio enormemente costoso de acumular poder geopolítico se hace con frecuencia objetivamente indeterminable como medio para conseguir seguridad o cualquier otro objetivo.

La «anarquía», tal como la define la escuela realista de relaciones internacionales, significa que si un Estado decide perseguir sus objetivos por la fuerza, todos los demás se verán obligados a hacer lo mismo. Pero la escalada de hostilidades en ese campo emergente puede dar lugar a una transformación impredecible de los objetivos e intereses estratégicos de cada Estado, alterando radicalmente la forma en que podrían haberlos articulado en otro caso. Maquiavelo ya lo señaló, observando que algunos Estados están abiertos a tales modificaciones en el proceso de escalada, mientras que otros tratan de neutralizarlas «constitucionalmente»²⁷. Basta recordar que en la prime-

²⁷ Niccolò MACHIAVELLI, *Discourses on Livy*, Chicago 1996, pp. 135-138 [ed. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, 2005].

ra mitad del siglo xx la movilización total para la guerra condujo a una transformación tan radical de algunos Estados que la clásica estructura burguesa de las relaciones entre Estado y sociedad se convirtió en otra fundamentalmente diferente, que nadie había planeado ni siquiera anticipado. En distintos grados, todos los protagonistas de esas guerras de redivisión planetaria sufrieron tales cambios, aunque el régimen nazi proporcionara el ejemplo más desaforado, y en último término autodestructivo, de esa huida hacia adelante. El campo geopolítico en el que los Estados se ven expuestos a esa transformación dialéctica de sus intereses debe distinguirse, por supuesto, de las regiones y dimensiones del sistema interestatal en las que la dinámica de la movilización y la contramovilización se mantiene dentro de unos límites; pero no existe una línea que separe claramente las zonas relativamente más conflictivas del sistema interestatal de las más pacificadas, donde los gobernantes están en cierta medida aislados del criterio áspero y volátil del poder relativo, esto es, de las situaciones estratégicas ganador-perdedor. La cuestión clave concierne a las relaciones históricas entre el campo más abierto, dinámico y peligroso de la competencia interestatal y la pauta a largo plazo del desarrollo capitalista. En particular: ¿conduce esto a la conclusión de que el Gran Juego debe acabar forzosamente algún día?

El desarrollo desigual y combinado del capitalismo en el marco del viejo orden interestatal ha tenido un impacto muy diferente sobre los campos interno y externo de lo que Weber llamaba monopolio territorial de la violencia. La diferencia es esencialmente ésta: si la organización doméstica del poder público ha estado sujeta al imperativo permanente de crear un entorno socialmente aceptable para la acumulación de capital, el sometimiento de la actividad del Estado a la mejora de las condiciones externas para la acumulación ha sido un proceso mucho menos sistemático, típicamente sobredeterminado por pulsiones episódicas de competencia interestatal por objetivos de seguridad muy variables²⁸. Los distintos criterios de rendimiento en los campos de operaciones doméstico y geopolítico suponen una dualidad en el núcleo del Estado capitalista moderno intrínsecamente difícil de gestionar, en particular si el Estado en cuestión es una «gran potencia» que busca un lugar bajo el sol, ya que la pauta de construcción del Estado iniciada en el siglo xix como respuesta a la disciplina de las normas de mercado emergentes dio lugar a una domesticación interna general de la violencia política, pero no trajo consigo una reorganización similar de las relaciones entre Estados, del tipo considerado por Kant en vísperas de esa gran transformación. Mientras que los vectores del capitalismo mundial parecen apuntar a la desaparición final del pluriverso constituido por diversos poderes soberanos rivales –ya que la guerra frente a frente en sus regiones centrales amenaza la propia existencia del sistema–, globalmente hablando esta tendencia sólo se ha manifestado irregularmente.

²⁸ Michael MANN, *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology*, Oxford, 1988, p. 152.

Un intermezzo inestable

La estructura del acontecimiento en el campo geopolítico es muy sensible a contingencias imprevistas, a diferencia del ámbito doméstico, más aislado e institucionalizado. ¿Hay entonces pulsiones uniformes que estructuren este campo, que establezcan un imperativo de poder y seguridad en todo el sistema? En tal caso no pueden ser simplemente cuestión de constricciones externas sobre estructuras políticas genéricamente concebidas, ya que tales imperativos deben ser internalizados «constitucionalmente» por cada uno de los Estados en cuestión. Como exponía Weber, las grandes potencias deben plantearlos activamente, so pena de arriesgar su *status* como tales. Hoy día, sin embargo, en la medida en que la propia existencia y los objetivos más esenciales de tales Estados ya no están directamente amenazados por potencias rivales, la cuestión es hasta qué punto han dejado de operar tales pulsiones.

Algunos Estados importantes todavía se esfuerzan por ascender en la jerarquía internacional, aunque esto implique transtornos en el *statu quo*, si bien es cierto que su número ha disminuido notablemente desde la época de Ranke. Alemania, y sobre todo Japón, las mayores economías del mundo tras la de Estados Unidos, han abandonado poco más o menos la puja, situación que parecía inimaginable en la época anterior de los Estados guerreros. Aunque actualmente se den niveles más altos de tensión en la cumbre de la jerarquía internacional, todo indica que el sistema interestatal está ahora, estructuralmente hablando, en un punto medio inestable entre vestigios arraigados de la vieja lógica del poder y una multilateralización *de facto* de la violencia militar que desmiente la apariencia de intereses soberanos antitéticos en la cumbre. No hay teorías que expliquen en términos generales qué ventajas sacan los principales Estados, en el marco actual del mercado mundial, de poseer más poder militar que sus homólogos y competidores, ni por qué sus arsenales apuntan estratégicamente a otras potencias importantes (China y Rusia) cuando el uso de la mayoría de esos instrumentos quedó hace tiempo obsoleto por su pura destructividad, excepto como último remoto recurso.

En opinión de Stephen Biddle, esa situación –que se viene manteniendo desde hace aproximadamente medio siglo– no ha transformado fundamentalmente las orientaciones estratégicas de los Estados más poderosos:

Una guerra importante es pues el criterio fundamental para la mayoría de las potencias mundiales y regionales. Durante la mayor parte del periodo posterior a la Guerra Fría, el ejército estadounidense fue dimensionado y estructurado para vencer en dos conflictos regionales importantes casi simultáneos; el gobierno de Bush ha modificado esa norma para vencer en uno manteniendo el equilibrio en otro, pero el nivel todavía se plantea en términos de guerras importantes²⁹.

²⁹ Stephen BIDDLE, *Military Power: Explaining Victory and Defeat in Modern Battle*, Princeton, 2004, p. 8.

¿Qué tipo de guerras son capaces de ganar de hecho los Estados más poderosos, y qué tipo de guerras están destinados a afrontar los arsenales con los que cuentan? Ningún Estado capitalista avanzado tiene siquiera un plan de contingencia para atacar a otro (aunque esto se generalice abusivamente en la afirmación de que las «democracias liberales» nunca han combatido entre sí); y las únicas guerras concebibles que Estados Unidos y sus principales aliados podrían posiblemente desencadenar y ganar serían contra Estados débiles con poco apoyo popular. Si la evolución de los arsenales militares de los principales Estados sólo ha alterado, empero, espasmódicamente los blancos de sus estructuras de fuerza y sistemas armamentísticos, eso se debe principalmente a la situación única e intermedia de los Estados chino y ruso, alta en la jerarquía internacional de poder, pero fuera del centro liberal-capitalista. Exacerbando ese estado de cosas, la maquinaria bélica construida durante un siglo de conflictos entre las grandes potencias se ha demostrado extremadamente difícil de reajustar para otros propósitos. En condiciones en las que los medios heredados siguen determinando los objetivos, las relaciones entre mediciones de poder «objetivas» y su utilización real como instrumentos estratégicos se vuelven opacas. «Las nociones unitarias lógicamente falsas de capacidad militar que enmascaran compensaciones cruciales» pueden constituir el recurso básico de las teorías de las relaciones internacionales³⁰; pero si en la era de las guerras entre las grandes potencias la validez de esas nociones se veía periódicamente sometida al duro juicio de los encuentros frente a frente entre estructuras de fuerza y sistemas armamentísticos, las actuales mediciones de la capacidad bélica carecen de la lógica estructurante de ese medio decisivo para zanjar la cuestión. ¿Qué papel desempeña el poderío militar en la determinación de la situación de un Estado en la jerarquía internacional, y por qué y en qué medida sigue siendo todavía una dimensión decisiva del poder del Estado? La incapacidad de las teorías existentes para plantear siquiera esos problemas muestra la profunda crisis de las categorías clásicas de la racionalidad geopolítica.

Desplazamientos epistémicos

Carl Schmitt intentó en *Der Begriff des Politischen* [El concepto de lo político] sondear las múltiples anomalías generadas por esas categorías y distinciones políticas, en un momento en que los límites, prerrogativas legales y *raison d'être* del Estado habían sido seriamente cuestionados. Argumentó que las teorías centradas en la figura del Estado soberano estaban mal equipadas para captar los vínculos volátiles entre sistemas interpenetrados que estaban surgiendo de la desestandarización del viejo orden internacional. Pero esto se puede aplicar a todas las teorías y no sólo al realismo. Los marxistas, por ejemplo, han aceptado siempre en mayor o menor grado la concepción hegeliana del Estado como síntesis nacional de intereses antagónicos de grupo e individuales; pero esta concepción canónica del Estado

³⁰ *Ibidem*, p. 4.

presenta problemas cuando ya no hay una pluralidad de Estados que compitan activamente, todos los cuales pueden y deben verse mutuamente como cierta cantidad de poder en un frío cálculo de guerra y diplomacia. El campo geopolítico histórico tenía ciertos esquemas específicos que estructuraban «la percepción generalizada de que la fuerza económica es una condición necesaria para la fuerza militar; que el poder económico y militar es fungible; que el declive económico conduce a la debilidad militar; y que las políticas económicas merecen un tratamiento equiparable a las consideraciones políticas y militares en la elaboración de una estrategia nacional»³¹. Aunque tales ecuaciones siguen presentes en los debates sobre el presupuesto de defensa, el déficit comercial y por cuenta corriente y las evaluaciones de las eventuales amenazas a largo plazo, resulta cada vez más difícil para cualquiera determinar en qué medida y por qué siguen siendo válidas.

La crisis y el prolongado declive del viejo campo geopolítico en el que las categorías tradicionales seguían siendo válidas y los Estados capitalistas debían mantenerse cada uno por su cuenta, se manifestó durante la primera mitad del siglo xx mediante guerras catastróficas y finalmente dio lugar a la deslegitimación de la guerra como último medio para zanjar conflictos interestatales. Pero aunque quedó clara la necesidad de suprimir las guerras directas entre Estados capitalistas poderosos, y más tarde –mediante dispositivos mucho menos estables– entre esos Estados y el bloque comunista, fuera de esa zona las consecuencias de tal avance fueron mucho más problemáticas, ya que lo que ha sustituido al concepto de «guerra» como instrumento legítimo para conflictos entre Estados soberanos formalmente iguales es un marco esencialmente asimétrico y discriminatorio de disputas legales entre Estados de *status* muy desigual. Para los pocos Estados plenamente soberanos que quedan, el uso de la fuerza militar es respaldado por la cobertura de la «comunidad internacional», mientras que los Estados «delincuentes» ilegítimos están sujetos a matizaciones invasoras y desestabilizadoras de su soberanía nominal en forma de sanciones, supervisión internacional de sus programas de armamento, zonas prohibidas de vuelo y cambios de régimen.

Que cualquiera de estos métodos caracterice o no un estado de guerra se ha convertido en una cuestión bastante arbitraria y de hecho superflua. Parece estar produciéndose un desplazamiento epistémico de gran alcance que difumina las viejas distinciones entre guerra y paz, beligerantes y neutrales, soldados y no combatientes, y el desorden internacional resultante se refleja en la aplicación cada vez más discutible y arbitraria de estos términos. De hecho, ¿qué escenarios de conflicto pueden ser calificados como «guerra» a efectos de una investigación sistemática de sus relaciones con los intereses de los Estados, las clases sociales e incluso formaciones sociales enteras? Las filosofías políticas radicales hacen hoy a menudo declaraciones extremas sobre el papel de la violencia –la «guerra», en un sentido muy

³¹ *Ibidem*, p. 14.

amplio- en la constitución de la sociedad. Pero la idea de que la guerra es el poder constituyente de la política moderna -discernible tanto en *Afflicted Powers* como en *Multitudes*- equivale a poco más que una desmayada metáfora, que desvía la atención de una sobria evaluación de las capacidades y límites del poder militar en la coyuntura actual. ¿Qué significa «anti-guerra», cuando el significado de la guerra y la etiqueta de «violentos» se ha convertido en una cuestión semántica tan intensamente politizada o, en otros términos, legalista? ¿Cuántos de quienes impugnaron las hostilidades contra Iraq las aclamaron en el caso de Yugoslavia?

Constituyentes del presente

Tales consideraciones generales abren algunas vistas, al menos, a la especificidad del presente. La crisis estructural de las relaciones entre capitalismo y geopolítica ha creado una situación histórica demasiado fluida para captarla bajo la forma de una totalización obligada, pero eso no significa que sea imposible señalar las novedades más sobresalientes de la escena contemporánea. Para empezar, la desaparición de la Unión Soviética del sistema internacional a principios de la década de 1990 ha creado un vacío de poder en torno a Estados Unidos en el que se ha diluido o suspendido en gran medida el cálculo habitual de los riesgos, ventajas o beneficios de una guerra. Esta holgura se ha visto amplificada por la creciente diferencia en la capacidad de proyección de poder entre Estados Unidos y otros Estados, resultante de las tecnologías asociadas a la «revolución en los asuntos militares». La primera guerra del Golfo fue el laboratorio de prueba de las nuevas armas de precisión guiadas por satélite, cuyos éxitos superaron incluso las previsiones más optimistas del Pentágono. El ejército iraquí, parece ahora una broma, estaba conceptualizado como el cuarto más poderoso del mundo. Tras disipar cualquier duda post-Vietnam sobre la capacidad militar estadounidense, los planificadores estratégicos podían dirigir ahora su mirada a blancos mayores que en las pequeñas escaramuzas de la década de 1980. De hecho, las guerras de los Balcanes de la década siguiente proporcionaron la oportunidad para poner a prueba y coordinar sistemas armamentísticos todavía muy nuevos, que parecían acelerar la obsolescencia del armamento de todos los demás Estados; pero no está en absoluto claro, mirando retrospectivamente a los últimos quince años, en qué medida la «revolución en los asuntos militares» ha alterado el equilibrio de poder entre los principales Estados, o ha dejado obsoletas formas más tradicionales de organización militar. Para los entusiastas pentagónicos del nuevo arte de la guerra, sin embargo, la tentación de dar ambos como hechos zanjados ha sido grande.

Poco más o menos al mismo tiempo, se puso «objetivamente» en cuestión la *raison d'être* de todos los arsenales occidentales. Tras el final de la Guerra Fría y la victoria indiscutible del capitalismo liberal-democrático, ¿para qué servía todo ese poderío militar? Durante la presidencia de Clinton se suponía que la fuerza armada era un medio para cumplir una misión civilizadora de pacificación liberal-democrática, en un marco estatal exter-

no que iba perdiendo consistencia. La idea de que los Estados-nación están periclitando es muy exagerada, pero, en distintos grados y a distintas velocidades, muchos Estados están dejando de hecho de actuar como concentración coherente de los intereses de elites nacionalmente definidas, a medida que esos núcleos sociales antiguos se van transformando en una capa «cosmopolita» cuya fortuna pierde cualquier conexión orgánica con la viabilidad de sus respectivas economías locales, e *ipso facto* y por la misma razón con el bienestar de gran parte de sus propias poblaciones. El viejo juego geopolítico del equilibrio, por el contrario, servía fundamentalmente a los intereses de elites cuyo poder y prestigio dependían de unos resultados al menos decentes en ese terreno. Tras la Segunda Guerra Mundial, los estratos sociales de ese tipo se vieron desarraigados o castrados en los países derrotados, dando paso a otros concentrados en el crecimiento y la estabilidad y felices de confiar su protección a la capacidad estatal estadounidense. Más en general, desde finales de la Guerra Fría el vínculo entre hegemonía doméstica y construcción minuciosa del Estado-nación se ha debilitado aún más, a medida que los oligarcas, los ricos e incluso las clases medias con ambiciones luchaban por sacar su dinero y a sus hijos de sus propios países y llevarlos al país dirigente. Esto explica en parte la tendencia actual a ceder frente a las exigencias estadounidenses, aunque esté dando paso gradualmente a un nuevo equilibrio inestable.

Las razones de tal caos incipiente están claras. El ascenso de Estados Unidos al poder mundial durante el siglo xx cobró alas cuando surgió de la Primera Guerra Mundial como Estado acreedor de los beligerantes arruinados y endeudados. Los excedentes estadounidenses fueron las principales palancas con las que Washington abrió y reestructuró las economías rivales de los centros capitalistas en Europa y Asia, desde el Tratado de Versalles hasta el Plan Marshall. Desde la década de 1970, en cambio, se ha ido configurando una relación muy distinta con el resto del mundo, al convertirse Estados Unidos en un país cada vez más endeudado. Los fundamentos del poderío estadounidense se han alterado profundamente. El déficit estadounidense por cuenta corriente ha aumentado hasta niveles insostenibles, en un marco global en el que los mecanismos normales de equilibrio y las señales de alarma de la economía mundial –rendimientos de los bonos y tipos de interés– han dejado prácticamente de funcionar³². Un cuarto de siglo de expansión económica y de burbujas de los mercados bursátiles ha creado un contexto en el que la planificación estratégica a largo plazo ha perdido en más de un aspecto su fundamentación objetiva en las tendencias económicas profundas.

Esto se debe en parte a que la naturaleza cada vez más especulativa de las expansiones y estancamientos de las últimas décadas ha generado cambios radicales en la evaluación del riesgo y el valor, y a que esos métodos de

³² «Traffic lights on the blink? Capital markets are hindering, not helping, global economic adjustment», *The Economist*, 18 de agosto de 2005.

evaluación han comenzado a pasar del mundo de los mercados a la planificación geopolítica. En la teoría de sistemas esto se describiría como una diferenciación de subsistemas. Las iniciativas imperiales actuales expresan, *inter alia*, una erosión de las barreras que aíslan la estrategia militar y diplomática de la mentalidad de las operaciones financieras de alto riesgo. La autonomía del pensamiento estratégico en Estados Unidos corre un nuevo peligro: una generación de líderes que combinan la planificación estratégica con los negocios, educada en un ambiente de mercado que recompensa generosamente las absorciones hostiles, la reducción de tamaño, la deslocalización y el arte de la ingeniería contable. Los estándares de rendimiento para determinar si eso funciona y para quién están actualmente en disputa. Una observación de la Secretaría de Defensa estadounidense resume así este momento histórico: «Carecemos de instrumentos de medida para saber si estamos ganando o perdiendo la guerra»³³.

Balance

Las grandes potencias, según Michael Mann, repiten lo que creen que les otorgó su última victoria. La Guerra Fría, para los pensadores de la derecha estadounidense, la ganaron cuando eligieron a líderes capaces de renunciar a la distensión, de llevar la carrera de armamentos hasta la victoria final y de eliminar trabas al libre mercado con reducciones de impuestos masivas, sin vacilar ante el aumento del déficit presupuestario y por cuenta corriente. Tan sólo cinco años antes, según dicen ellos, Estados Unidos todavía estaba recobrándose de su humillación en Indochina, a la defensiva desde Afganistán a Centroamérica y bloqueado por el malestar y las dudas domésticas. La (contra)revolución de Reagan se entiende como el mayor viraje de la historia estadounidense moderna, al crear un entorno político-ideológico que se puede repetir hoy, si se emplean los mecanismos adecuados. Las élites políticas estadounidenses sólo empiezan a vislumbrar la insostenibilidad de esa huida hacia adelante. Un doloroso balance aguarda a quienes se han ido acostumbrando a las victorias con pocas bajas, y a pensar en el déficit y la deuda como magnitudes que se pueden gestionar mediante la ostentación y el optimismo a ultranza.

Sería un error, no obstante, pensar que esto presagia necesariamente una reordenación impresionante de la jerarquía del sistema internacional. La historia del ascenso de Alemania o Estados Unidos al poder mundial, o el eclipse del Imperio británico, ya no representan de forma creíble las vicisitudes del destino nacional, ya que en los últimos treinta años de reestructuración capitalista el ascenso y caída de las potencias se ha convertido en el cuento de una década –o de un quinquenio– al sol. Entre tales episodios se encuentran el ascenso de Japón en la década de 1970, seguido por el resurgimiento estadounidense con Reagan, interrumpido por

³³ Citado en Alan Krueger y David Laitin, «Misunderestimating» Terrorism», 2004, p. 13.

una expansión japonesa imparable, a la que siguió toda una década de estancamiento; o, en el otro extremo del mundo, el resurgimiento de Alemania como Estado unitario y gran potencia en ciernes, a la que pocos años después se consideraba «el hombre enfermo de Europa». ¿Y qué decir de la Unión Europea como nueva estrella radiante de la política mundial, desviada repentinamente de su trayectoria por un par de plebiscitos? Pero la *pièce de résistance* de ese género será seguramente el brusco desinflamiento de las grandes estrategias para un nuevo siglo americano. Cada uno de esos giros fue saludado con excitación y grandes fanfarrias, publicándose cientos de libros y artículos llenos de precedentes antiguos y modernos. Ahora se nos dice que China irrumpe en escena situándose en la cresta de la ola de la historia mundial. A juzgar por los antecedentes en esa narración cada vez más endeble del ascenso y caída de las grandes potencias, cabe prever que también en su caso asistiremos pronto a un desmoronamiento del gigante con pies de barro.

Así volvemos, rodeados por el confuso panorama posclásico de Estados fracasados, cambios de régimen, intervenciones humanitarias y prohibición de armas de destrucción masiva, a la pregunta principal que ronda a *Afflicted Powers*, y a la que elude responder. ¿Por qué renunciaron los líderes estadounidenses al *statu quo* con sus niveles de riesgo aceptables, controlados por varias instalaciones y puestos avanzados del Imperio estadounidense, arriesgándose a sufrir una derrota potencialmente catastrófica en Iraq? Si es cierto que la combinación de fórmulas financieras y estratégicas de la hegemonía estadounidense ha evolucionado hasta el punto de que ésta depende –de forma todavía no bien entendida por sus líderes– de tales apuestas, habrá que concluir que no durarán mucho. Amenazando el horizonte, además, hay otra cuestión que ningún analista parece hasta el momento interesado en abordar. ¿Cuál sería el impacto de un serio declive económico a escala mundial, sobre todo en el campo geopolítico? Ésa es la gran incógnita de la coyuntura actual.